

La localidad de VALDERROBRES, se encuentra situada al NE de la provincia de Teruel, a orillas del río Matarraña. Su altitud media es de 805 metros y su distancia de la capital, Teruel, es de ciento noventa y cuatro kilómetros, encontrándose al final de la carretera local TE-300 que va de la nacional 232 a Valderrobres. Su población actual es de 2.215 habitantes, viéndose aumentado este número durante la temporada estival por veraneantes de muy diversas procedencias.



Valderrobres tiene ya resueltos sus problemas municipales de Abastecimiento de aguas, distribución domiciliaria de aguas, saneamiento y parte de la pavimentación de sus plazas y calles. Deseando continuar su labor de mejora de la pavimentación se ha decidido mejorar el acceso al Castillo e Iglesia, situados en la parte alta de la población.

Su antigüedades

remonta al siglo XII en que fue conquistada por Alfonso II (1170) concediéndola cinco años después en feudo al Obispo de Zaragoza. El caserío se extendió en principio por la ladera sur de una colina, bajando hacia el río Matarraña. Hoy en día la población se extiende a la otra orilla del río con nuevas construcciones.

Legado de dicha tradición histórica, subsisten aún varios monumentos como son el Castillo, la Iglesia de Santa María la Mayor y el Consistorio.

El Castillo es de fábrica de sillería de los siglos XIV y XV, mandado construir según se cree por Juan I en 1390 a la vez que la fortificación del caserío.

En sus muros se observan las huellas dejadas por el tiempo y las guerras, pero aún conserva los detalles de su distribución, como muestra del esplendor que hubo en tiempos pasados en sus dismantelados salones, donde en tiempos pasados, en 20 de octubre de 1429, se reunieron las Cortes para tratar de la guerra con Castilla, establecer un tributo familiar y reglamentar la convocatoria de Cortes en Aldeas.

En 1931, fue declarado Monumento Nacional, figurando en todas las guías turísticas, por las que es dado a conocer al exterior, produciendo un considerable número de visitantes.

La Iglesia de Santa María la Mayor es obra de mediados del siglo XV. Forma una construcción anexa al Castillo, unida a él por pasillos y corredizos. La guerra civil dejó maltrecho el retablo de pincel del siglo XVI que ejecutara Jerónimo Cosida. Es de destacar en ella los contrafuertes exteriores y su fachada siendo la más lograda del gótico turolense y un ejemplar excepcional de Aragón.

El deteriorado estado de ambas construcciones, originó la preocupación de los organismos correspondientes, los cuales iniciaron la ardua tarea de la reconstrucción que continúa actualmente.

Con gran idea de colaboración y complemento, la Dirección General de Arquitectura mostró un gran interés por las obras, observando con gran acierto, la necesidad de remozar los accesos al Castillo-Iglesia, tanto en el aspecto de las construcciones como en el pavimento de las calles.

“Huevos fritos en Valderrobres”

Nos hallamos en uno de los pueblos más guapos y lindos de España, uno de los hijos más majos que le ha nacido a mamá Teruel, la provincia de los mil sortilegios y de los cien mil pares de delicias.

Tiene Valderrobres un castillo, un tremendo, imponente, feudalesco castillo. Y casas serias y alegres casas de piedra y de geranios y tejas coloradas y pechugas blanquitas. Casas que rien y que piensan. Las casas de este pueblo tienen alma de pollita enamorada o de vieja sapientísima. Las calles en cuesta, que son las calles de verdad. Las llanas no me llenan muy del todo. No te enseñan nada. Las calles de olé y olé son las cuestudas las de aquí estoy yo. La Iglesia preciosa. Y el Ayuntamiento. Y un pantano que también ostenta orden y hechura monumentalicia, ¿Por qué le denominan Pantano de la Pena con lo alegre que es? Chalets alemanes. Y catalanes. Y un océano de pinos. Y un sol pintado por ángeles rubios. El sol de Valderrobres hace guiños muy cucones. Las chicas ligan con él y se tuestan, dóranse, de él. Por eso están tan guapetonas que te deslumbran si las miras largo y si sigues mirándolas entonces te entra tiritera y te tienes que ir a una posada típica en donde te sirven huevos fritos y te los comes con más hambre que un loco. Esto se explica por dos razones fundamentales y potisimas: la primera, porque son huevos de los de verdad. La segunda, porque están fritos con aceite de ese que echan los olivos. Ese aceite bajoaragonés que es mejor que no levantarse a las siete de la mañana de un día de invierno crudo.

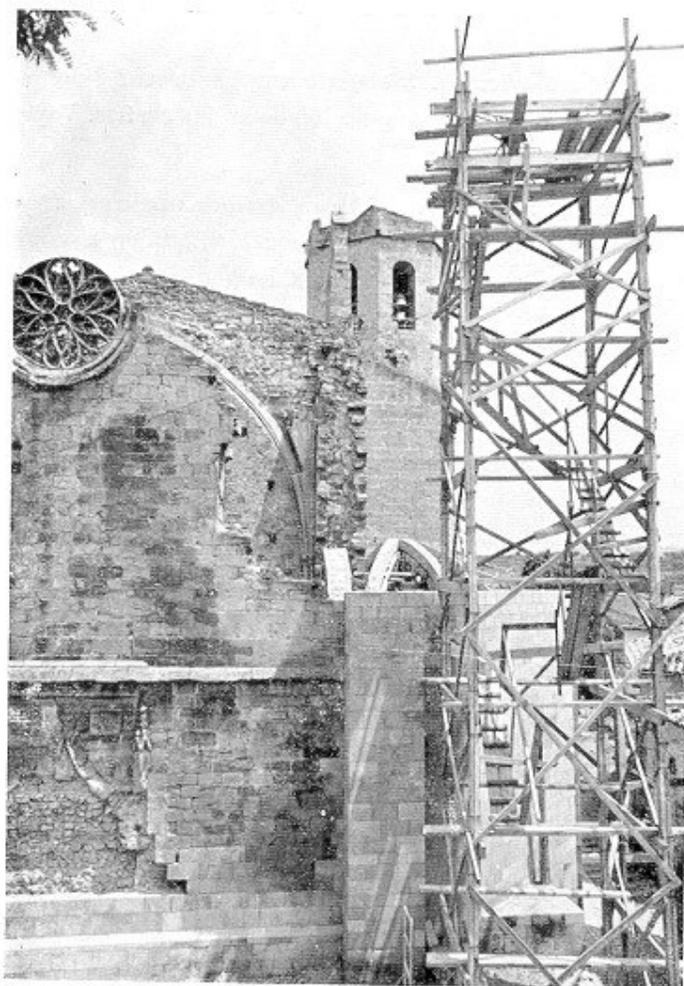
Y luego, circula por Valderrobres un río que es una monada. Un río pequeñito, serrano y cu-

pletero, que siempre canta ya que siempre se halla albricioso. ¿Sabéis cómo se llama? Pues se llama Matarraña. Ignoro de que le viene el nombre. Tal vez porque no le gustan las arañas. Vaya usted a saber. Caramba con Matarraña.

Y después de haberos almorzado un par de huevos fritos con su clara de ópalo y su yema de virgen muda, disponcos a dar un abrazo de gratitud a la madre Naturaleza. Difícilmente vuestras retinas habrán contemplado panoramas más elegantes y grandiosos y bellos. La geología se ha lucido a lo grande y magestuoso. Los pinos os tienden su aliento y sus brazos y su lecho, detalle muy interesante por sí la latiga. El cielo inmenso os arrulla y acaricia. Y al respirar, los pulmones los sentiréis invadidos de un aura extasiante. La sangre se adormece de gusto en los canalillos de las venas. No achaqueis la singular modorra al trabajillo de la digestión. No. Es que el aire viene perfumado de mar levantino, de alentar de padre Mediterráneo, aquel formidable Mare-Nostrum que antes que de los «grandes» de hoy fue mar aragonés desde su lámina hasta la palma de su fondo. Os saluda. Os ha reconocido. El Mediterráneo no se olvida de Aragón y llega en sutil hosana a tierra turolense y la besa. Y si fijais el mirar en el azul veréis reflejada en su tela de seda y cristal la estampa de ese mar baturro. El que vaya a Valderrobres acertará en el clavo de la feliz encontrada.

PEDRO PABLO PADILSA

de «ARAGÓN EXPRES»



Estado actual de las
obras de restaura-
ción de la Iglesia y
Castillo de
Valderrobres

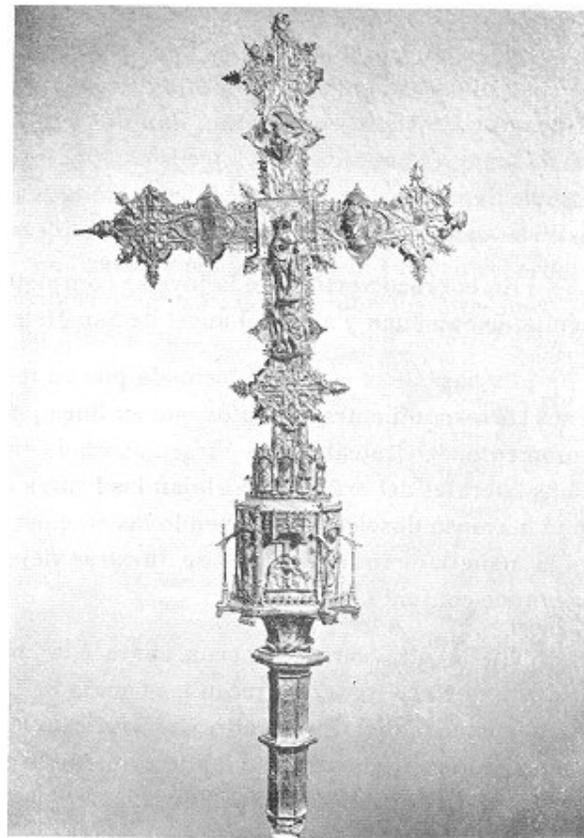
Cruz procesional de Valderrobres

Esta hermosa pieza del siglo XVI, fue extraviada en los días de nuestra guerra civil. Durante la contienda, alguien, conociendo su valor la ocultó en lugar seguro. Al terminar la campaña fue traída a Zaragoza por la Junta de Recuperación y depositada más tarde en nuestro Museo Provincial. Allí, dentro de una gran vitrina, se expusieron ocho o diez cruces, esperando que alguien reconociera y reclamara estos objetos. Pasó más tarde al palacio arzobispal donde se almacenó.

Ahi estuvo durante años la cruz de Valderrobres, durmiendo en Zaragoza, como hace 60 años durmió durante la Exposición Hispano Francesa de 1908-1909, entre las joyas más selectas de las conocidas en España.

Juan de Orona, fue su artífice y el escudo de armas de la casa de los Moles, la costeó.

Es cruz de grandes proporciones, una



de las espléndidas en su género: 1'30 de altura por 0'65 de ancho de extremo a extremo de brazo. Toda ella de plata contrastada, con algunas partes fundidas (las figuras de bulto), otras de gruesa chapa de plata repujada y toda la obra pincelada y repasada a buril. Es de dos caras. En sus faces aparecen Jesús crucificado y la Virgen con el niño. En esta cara, aparecen en el travesaño de la cruz dos medallones cuadrifolios con símbolos de evangelistas. A la izquierda aparecen el león de San Marcos y a la derecha el toro de San Lucas, rematando el brazo de la cruz en hermosas macollas repujadas, yendo todo repujado en su delicada crestería que contorna la pieza.

En el brazo vertical de la joya se completan los símbolos de los evangelistas, viéndose arriba el águila de San Juan y abajo el ángel de San Mateo.

La base de la cruz está formada por un templete de traza gótica, que coronan ocho apóstoles con sus correspondientes atributos que en línea poligonal cierra el remate. Dentro del templete aparece un momento del tránsito de la Virgen acostada en su lecho, rodeada de diez apóstoles. En las dos hornacinas laterales del exágono se alojan las figuras de dos evangelistas, apareciendo toda esta imaginería bajo el hermoso doselete ojival, yendo las escenas, separadas por decorativas piezas angulares, colocadas a la manera de los arbotantes de nuestras viejas catedrales góticas, dando cierto aire de delicadeza al armónico conjunto.

En la otra cara de la cruz, aparece la imagen de la Virgen. En los lados del travesaño, a poca más altura que la Virgen, aparecen las figuras de San Juan y la Magdalena en bulto redondo, sobre un medallón cuadrifolio. En lo alto del vertical de la cruz se ve un hermoso pelicano con sus tres crías sobre un nido caprichosamente tejido con alambre de plata, admirándose el tema por la contagiosa simpatía que inspira la simbólica figura.

Bajo la imagen de la Virgen, sobre otro cuadrifolio, aparece la imagen de San Miguel, jefe de

la milicia celestial. Los cuatro citados motivos aparecen próximos a otras cuatro grandes macollas en que rematan los brazos de la cruz.

En el basamento, lo mismo que en la cara anterior, aparecen los apóstoles alojados en sus capillas, coronando esta parte de la rica pieza. Más abajo continúa el templete antes descrito, centrándolo el grupo del Descendimiento de la Cruz. La Virgen sostiene en pie a Jesús, ayudada por San Juan. En lo alto del fondo aparece el alma de la madre de Dios, subiendo al Cielo conducida por dos ángeles, viéndose más arriba, la figura del Padre Eterno con el Espíritu Santo en forma de paloma. Bellísimo grupo, donde el artista ha colocado en el menor espacio, figuras y símbolos que nos hacen recordar los apretados grupos en las composiciones de nuestros retablos religiosos, tallados por los Morlanes, Joly, Forment y otros, para los templos de las tres provincias aragonesas.

Los amantes de Teruel

En la ciudad de Teruel vivían Diego Marcilla e Isabel de Segura. Desde muy niños habían jugado juntos. Él era de pobre ascendencia y ella pertenecía a una de las familias principales de Teruel.

Isabel era ya una bella damita y Diego un mancebo robusto que soñaba con hazañas guerreras. «Verás, Isabel —decía un día que habían ido a pasar la tarde a una huerta de los alrededores—; yo partiré un día a la guerra. Me alistaré en uno de los Tercios del Emperador. En la primera acción me lanzaré contra el enemigo, asaltaré de los primeros una brecha, haré prisionero a algún alto jefe. Me darán la banda de alférez y volveré a verte, vestido como un caballero con una larga espada...»

Tenia Isabel una prima —llamada Elena—. Un día vio al mancebo y al instante quedó prendada de él. Aunque sabía los lazos que ligaban a su prima con Diego, urdió un medio para que éste quedase libre y pudiera ser suyo.

Había en la ciudad un noble caballero —Don Fernando de Gamboa— que amaba a Isabel, pero no estaba muy seguro de ser correspondido. Elena imitó la letra de Isabel y le mandó una misiva. En ella se alentaba su esperanza y en vez de partir de la ciudad, como había determinado, pensó quedarse y correr la aventura que tan cierta se le prometía. Rondó varios días la casa de Isabel, mas sin encontrar acogida favorable. Volvió a escribirle la pérfida Elena, mientras Isabel permanecía inocente a los manejos de su prima.

Pasó el tiempo y los padres juzgaron que era ya hora de dar en matrimonio a su hija. Sabían el cariño que existía entre Isabel y Diego, al que tenían gran afecto, mas consideraban lo humilde de su condición y lo pobre de su vida y vacilaban. Don Fernando de Gamboa había manifestado al padre, el amor que sentía por su hija. Y un día se presentaron en casa de Isabel a un tiempo Diego y Don Fernando, a pedir la mano de la doncella.

Fueron honorablemente recibidos. Don Fernando habló de este modo: «Noble Segura: desde hace mucho tiempo amo a vuestra hija. Conocéis lo noble de mi apellido y lo rico de mi hacienda. No he querido aceptar ningún partido de Teruel esperando que Isabel pasase de niña a muchacha y de

muchacha a doncella. El tiempo ha venido en que puede honrar mi casa y estirpe». Después se adelantó Diego y dijo: «No tengo riqueza ni nobleza, mas desde niño me tuviste en vuestra casa y sabéis amo a Isabel y que Isabel me corresponde». Pero el viejo Segura interrumpió al doncel, diciendo: «Bien te conozco y sé que eres bueno, mas esa afición que dices existir, más bien la creo cosa de muchachos que juegan juntos que de mujer y hombre que han de vivir como tales y fundar una familia. No puedo darte la mano de Isabel, pues sería cambiar lo cierto por lo dudoso, la buena casa y estirpe de Don Fernando por la de un joven sin nombre y sin fortuna». Así fueron decididas la boda de Isabel y Don Fernando. Diego insistió: «No es justo que negueis a quien os ama como un hijo una oportunidad para ganar con su brazo lo que la fortuna le negó por su nacimiento. De muchos nobles señores se cuenta que ganaron fama y riqueza en las guerras y yo quiero probar. Dadme un plazo, aunque sea corto y yo os demostraré lo que valgo». Bien, dijo Segura, te concedo el plazo que me pides. Será de 3 años y 3 días. Si en este tiempo vuelves con nombre y riqueza, o con nombre tan solo, Isabel será tuya. Mas ni una hora esperaré mas allá del plazo. Diego aceptó lleno de alegría.

Aquella tarde volvieron a encontrarse Isabel y Diego en el huerto. Ya ves, Isabel, como mis ilusiones de niño, se hacen realidad. Partiré esta noche a Barcelona y me alistaré para la empresa que el César intenta acometer contra Túnez. Volveré en el plazo señalado y serás mi esposa.

Llegó Diego a Barcelona, alistóse en uno de los Tercios, embarcando hacia Cartagena y con su Compañía partió para tierras de Africa y pudo demostrar el valor que le animaba. Era querido por sus camaradas y admirado por sus jefes. Día tras día su fama fue creciendo y concediéndole honores y grados. Al fin, en la batalla de Túnez, le otorgaron la anhelada banda de alférez y una Orden que ennoblecí su nombre.

Mientras tanto en Teruel, la prima Elena se presentó en casa de Isabel afectando tener el semblante demudado, pidió ser recibida por el padre de ésta y le comunicó que le habían llegado noticias fidedignas de que Diego había muerto heroicamente. Mucho dolor sintió el buen viejo y con muchas precauciones, comunicó la mala nueva a Isabel. Esta no acabó de creerlo y pidió a su padre que aplazara la boda hasta el último momento del plazo, lo que se hizo.

Llegó, por fin, el día en que expiraba el plazo y se celebraron las bodas. Isabel estaba ya resignada y aceptó la mano de Don Fernando.

Dos horas después entraba en Teruel Don Diego a todo galope. Había vuelto a toda prisa, reventando caballos, mas había llegado tarde. Penetró en la mansión y subió a la habitación de Isabel, ya preparada como cámara nupcial. Ocultóse debajo del lecho y esperó llegase el matrimonio. Una vez acostados éstos. Diego tomó una mano de Isabel, la cual sintió un gran sobresalto y dió un grito. El marido preguntó si le sucedía algo, y ella turbadisima y reconociendo en aquella mano la de Diego, pidió a Don Fernando que bajase a buscar un pomo de sales que había debajo en el piso inferior. El marido lo hizo de buena gana, y cuando Isabel estaba sola, salió Diego y cayendo de rodillas, le recordó su amor. Mas ella, aun sintiendo gran alegría de verle, le dijo: «Ha sido la voluntad de Dios y no la fortuna, la que ha hecho que se retrasase tu llegada. Hasta el último momento te esperé. Ahora nada debes esperar de mi. Casada estoy ante el Señor y no puedo faltar a mi honor marchando contigo». El insistió y sentía tan lastimado de dolor, que al fin, derramando abundantes lágrimas, al levantarse para marchar, se desplomó como herido por el rayo.

Terrible fue para Isabel ver morir a su antiguo amado y más fuerte aún la sorpresa de D. Fernando al ver a un hombre muerto en la habitación y a Isabel pálida y pronta a desvanecerse. Ella le contó lo sucedido, jurándole por lo más sagrado que era inocente. Aprovechando las horas de la noche, dejaron el cadáver en la puerta de su casa.

Tremenda fue la sorpresa y el dolor de los padres del infortunado joven y la noticia y comentarios de la ciudad, fueron numerosos y diversos. Los funerales se celebraron con gran concurrencia. De pronto se presentó Isabel y un rumor acogió su llegada. Venía pálida, vestida con sus más lujosos trajes y adornos. Durante la santa misa permaneció arrodillada, con el rostro entre las manos. Al finalizar el oficio, levantóse de pronto, se aproximó al catafalco y ante el asombro de todos, inclinándose sobre el cadáver de Diego depositó un apasionado beso en sus exagres labios. Cuando Don Fernando y sus criados acudieron, vieron que Isabel estaba echada de bruces sobre Diego, y, queriéndola levantar, advirtieron con espanto que había muerto de repente también.

Don Fernando, transido de dolor dijo: «Fue la voluntad de Dios que Diego e Isabel no se unieran en vida, pero su mano condujo al ángel de la muerte para unirlos en el otro mundo. Que se entierren juntos». Y así, juntos, se dió sepultura a los cuerpos de Diego Marcilla e Isabel Segura, a los que la leyenda llamó desde entonces **LOS AMANTES DE TERUEL**.
